Reseñas

Los 43 de Ayotzinapa: narración, memoria, política, historia

Mendoza García, Jorge, Yllich Escamilla Santiago y Amílcar Carpio Pérez. Los 43 de Ayotzinapa: narración, memoria, política, historia. Ciudad de México: Universidad Pedagógica Nacional, 2024

Recibido: 21 de enero de 2026
Aceptado: 16 de julio de 2026
Publicado: 27 de octubre de 2026

DOI: 10.22517/25392662.26010

pp. 263-267

Carlos Enrique Torres Monroy*
carlos.torres@enah.edu.mx

Licencia Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados 4.0 Internacional — CC BY-NC-ND 4.0.

Ciencia Nueva
Revista de Historia y Política
ISSN 2539-2662 | Vol. 10, N.º 2 | Julio-diciembre de 2026

Maestría en Historia
Acreditada en Alta Calidad

Universidad Tecnológica de Pereira

* Maestro en Historia por la Universidad Iberoamericana. Profesor de asignatura en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

A doce años de la desaparición de los estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos de Ayotzinapa, México, aún persisten las demandas por el esclarecimiento de los hechos, por llevar ante la justicia a los responsables directos e indirectos y por mantener a las víctimas en el recuerdo. En todo este tiempo se han producido discusiones sobre los efectos que este lamentable evento ha traído sobre el pensamiento, las representaciones y las acciones que los diversos colectivos mantienen sobre los estudiantes de esta institución. Desde 1926, esta escuela ha sido un referente en la formación docente para comunidades rurales.

Su ubicación, en el sureño estado de Guerrero, no le ha impedido constituirse como un epicentro en el escenario del activismo estudiantil mexicano. No es de extrañar, por lo tanto, que la trayectoria de los estudiantes de Ayotzinapa sea un referente para los movimientos sociales.

En este sentido, el libro que se presenta a la comunidad de lectores, *Los 43 de Ayotzinapa: narración, memoria, política, historia* es un esfuerzo por abonar a la discusión las cuestiones que giran en torno a lo sucedido en la noche del 26 de septiembre de 2014: desaparición forzada, violencia política, criminalización de estudiantes, el abandono y la opacidad gubernamental y la movilización social. En un diálogo interdisciplinar que incluye a la sociología, la psicología social, la historia y la ciencia política, además de las experiencias de militantes y actores de la sociedad civil, esta obra se constituye como una contribución que adentra al lector en las causas y efectos que ha generado el activismo estudiantil magisterial rural.

Para lograr lo anterior, el libro divide sus capítulos en tres secciones con el fin de aportar información sobre Ayotzinapa dentro del contexto regional del estado de Guerrero, sobre las representaciones visuales y estéticas que se produjeron como consecuencia de la desaparición de los estudiantes, y, por último, sobre las formas de memoria colectiva que se formaron a raíz de las demandas por verdad y justicia.

Esta presentación, decidida por los coordinadores Jorge Mendoza García, Yllich Escamilla Santiago y Amílcar Carpio Pérez, es característica de otros libros colectivos como *El 68 mexicano: medio siglo de voces y memorias*, 2021; *El patrimonio proscrito. Memoria de los espacios marginados y de las luchas sociales en la historia reciente*, 2024; y *Genaro Vázquez y Lucio Cabañas: tensiones de la memoria y movilización social*, 2025. Sin que estos títulos conformen una colección específica, tienen como hilo conductor los estudios sobre la memoria en torno a acontecimientos, personajes y lugares clave en la historia de la movilización social, en la que el colectivo estudiantil ha destacado por su activismo.

Esta lógica se presenta en el primer capítulo titulado «Ciclos de violencia estatal en México: del centro al sur periférico (1968-2014)», de Claudia Rangel Lozano y Evangelina Sánchez Serrano, quienes en un análisis comparativo entrecruzan la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa con la masacre estudiantil del 2 de octubre de 1968. El eje conductor de ambos acontecimientos es el aparato represivo del Estado mexicano, el cual actúa tanto de manera pública, a partir de ejecuciones extrajudiciales en las calles, como de manera encubierta por medio de desapariciones.

De manera específica, Yllich Escamilla Santiago se centra en cómo la violencia de Estado en el territorio guerreense se explica dentro de una temporalidad que supera acontecimientos y coyunturas. En su capítulo «Aproximaciones a la violencia en Guerrero en tres actos», pone de relieve a los grupos de caciques regionales que se formaron desde el siglo XIX y cómo, a partir del ejercicio de la fuerza, pudieron negociar con los gobiernos nacionales emanados de la Revolución mexicana de 1910. Esto explicaría la persecución y asesinato de actores y grupos disidentes, como los perpetrados contra los egresados de la Normal de Ayotzinapa, Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, así como la matanza de campesinos ocurrida el 28 de junio de 1995, en el paraje de Aguas Blancas.

Esta sección cierra con el capítulo de Pedro Ortiz Oropeza y Alba Martínez Carmona, titulado «Percepción y autopercepción de la sociedad igualteca en torno al caso de los 43 de Ayotzinapa». El texto pone el dedo en el renglón de esta violencia estructural en la ciudad de Iguala, lugar donde detuvieron a los estudiantes normalistas que después fueron desaparecidos.

La segunda sección del libro comienza con el capítulo de Areli Adriana Castañeda Díaz, quien a través del enfoque de la Forensic Architecture, propone la reconstrucción de narrativas sobre un suceso, como la desaparición de los estudiantes de Ayotzinapa, desde un discurso audiovisual y arquitectónico que hace de la ausencia de los cuerpos su eje central. Se trata de una propuesta estética que se nutre de los organismos no gubernamentales, como el Equipo Argentino de Antropología Forense o el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustin Pro, para vincular la información libre de censura o alteración estatal con propuestas audiovisuales y experiencias sensoriales.

De manera similar, Manuel Francisco González Hernández reflexiona sobre cómo las organizaciones civiles, como el Colectivo Pintores 43 o Ilustradores por Ayotzinapa, hacen uso de las fotografías de búsqueda de los estudiantes para pintar retratos en diversos soportes: paredes, papel y telas, entre otros. Con base en una propuesta teórica y metodológica que incluye a autores como Charles Sanders Peirce, Didi-Huberman y Nelly Richard —esta última conocida por sus estudios de la fotografía de desaparecidos durante la dictadura militar en Chile—, el autor invita a reflexionar sobre la reconstrucción estética de los rostros de los normalistas y su función, tanto para restituir sus identidades como para acompañar las movilizaciones sociales dedicadas a ellos.

El siguiente capítulo, titulado «Praxis estética: lucha en la significación», es de la autoría del Colectivo Híjar, conocido por la colocación de los llamados antimonumentos. El colectivo presenta su propuesta artística como una alternativa a la indiferencia del Estado y a una cultura de la desesperanza, concepto tomado por el teólogo Franz Hinkelammert. A partir de esta noción, se examina la incapacidad de las autoridades gubernamentales para administrar desastres como la desaparición de los 43 normalistas y el consiguiente cierre de un horizonte esperanzador.

Bajo este panorama, la instalación de antimonumentos en el espacio público permite la generación de puntos de encuentro que agrupan a distintos colectivos que, a su vez, gene-

DOI: https://doi.org/10.22517/25392662.26010

ran nuevas expresiones artísticas. Además de reproducir un discurso social —en términos de Marc Angenot—, todo esto permite tejer lazos de empatía y solidaridad colectiva.

Para finalizar esta sección visual, el historiador Miguel Ángel García Mani ofrece un análisis con base en fuentes filmográficas del caso Ayotzinapa. A partir de una selección de documentales, evidencia la importancia que tiene este discurso audiovisual en la construcción de representaciones dentro de un contexto donde la información está sujeta a la manipulación por distintos actores: autoridades, documentalistas, periodistas, sobrevivientes y familiares, entre otros.

Más que un medio para descubrir la verdad del acontecimiento, el autor subraya la importancia de la construcción audiovisual que hacen los documentalistas para dotar de sentido a todo el entorno que envolvió a las víctimas. Dicho enfoque se refleja en las escenas que detallan su vida estudiantil o la situación de violencia provocada por la delincuencia organizada.

La tercera sección, «Miradas y memorias dentro de Ayotzinapa», abre con una contribución de Jorge Mendoza García sobre la importancia de los acontecimientos en la construcción de la memoria colectiva, así como en las formas de significarla y comunicarla. En su texto titulado «Haciendo memoria colectiva sobre los 43 de Ayotzinapa», el autor dialoga con especialistas de la escuela durkheimiana como Maurice Halbwachs y Charles Blondel; de la fenomenología hermenéutica como Paul Ricoeur; de la psicología cognitiva como Jerome Bruner; y del constructivismo social como Kenneth Gergen.

Con base en este andamiaje teórico y en una serie de entrevistas realizadas a estudiantes supervivientes y a los familiares de los desaparecidos, Mendoza explica cómo la memoria se somete a actualizaciones constantes gracias a la narración y a actos colectivos que ayudan a contrarrestar los comunicados del poder gubernamental quien, en última instancia, elabora mecanismos de negación, olvido y desvanecimiento de la noche de Iguala.

El siguiente texto lleva por título «La memoria como contranarrativa: la masacre de Ayotzinapa», de Alfonso Díaz Tovar y Gerardo Ortiz Moncada. Siguiendo la línea del capítulo anterior, ambos autores insertan lo sucedido con los estudiantes normalistas en una lógica belicista agravada durante el gobierno del presidente Felipe Calderón, la cual criminaliza y justifica la muerte de integrantes del crimen organizado y de inocentes; estos últimos bajo la lógica de daños colaterales.

Frente a esta narrativa, que se quiso aplicar en el caso Ayotzinapa, se presenta la sociedad civil que, a través de antimonumentos, busca cuestionar el relato oficial al situar lugares de la memoria en la geografía de la ciudad de Iguala, espacios que se vuelven escenarios de concentraciones conmemorativas.

Otro artefacto de la memoria que poco se ha atendido, pero que es crucial para entender los alcances internacionales de Ayotzinapa, son las redes sociales digitales. De ello da cuenta Lucía Leonor González Enríquez con el capítulo titulado «Se ha alargado la noche…

Memoria, contramemoria y olvido a 7 años del #TodosSo mosAyotzinapa». La contribución de este texto radica en que invita a reflexionar que las formas de memoria colectiva no solo se construyen, sino que pueden entrar en disputas, tanto externas como internas debido a lo que Rubén Chabado considera como fosilización de las narrativas y al paulatino abandono de la discusión pública.

La siguiente contribución es de Jacobo Silva Nogales, expreso político y fundador del Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente, quien a partir de un diálogo con la filósofa Hannah Arendt, propone la categoría de *necromundo* para reflexionar sobre la banalidad con la que se ejerce la violencia tanto en Guerrero como en México por parte de las autoridades y de la delincuencia organizada. Frente a tal condición, el autor reflexiona sobre cómo las expresiones de indignación por la desaparición de los normalistas se mantienen vivas gracias a las movilizaciones sociales; de ahí su vigencia y la necesidad de su continuidad.

Esta sección concluye con el capítulo «El árbol que simboliza la lucha contra el olvido en Ayotzinapa», de Ismael Abrajam de la Cruz. El también profesor de esta normal rural utiliza el memorial colocado en el plantel, hecho con un tronco, como hilo conductor de un relato que inicia con los orígenes de la institución y prosigue con el proceso de edificación del monumento, a cargo del artista Francisco Romero Ruiz y con el acompañamiento del Comité Ejecutivo Estudiantil. Mediante esta obra se explica cómo la comunidad estudiantil construye símbolos que apuntan hacia un horizonte de expectativas en el que se obtendrá justicia.

Para finalizar, se presenta, a modo de epílogo, el texto de Amílcar Carpio en el que invita a pensar la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa dentro de las propuestas historiográficas de la *larga duración* de Fernand Braudel y de las *mentalidades* de Michel Vovelle. Frente a las lecturas de estos autores, que apuntan a la relegación de los acontecimientos, aquí se plantea su pertinencia al insertarlos dentro de un tiempo histórico largo que encadena a Ayotzinapa con otras manifestaciones del activismo estudiantil y que contribuye a condensar problemas de orden regional y nacional que encuentran sus orígenes en tiempos medidos en décadas e incluso siglos.

En conclusión, *Los 43 de Ayotzinapa: narración, memoria, política, historia* es una propuesta interdisciplinaria que abre un panorama sobre el activismo estudiantil, cuya organización y actividades se explican gracias a procesos de construcción de recuerdos colectivos y de manifestaciones visuales o artísticas que sensibilizan a los distintos públicos, tanto estudiantiles como de otros sectores de la sociedad, Se trata de un aporte significativo a los debates académicos sobre los efectos de la agencia ciudadana frente a las violencias cometidas por poderes estatales o supraestatales, cuestiones por demás vigentes y que seguirán presentes en la discusión pública.

DOI: https://doi.org/10.22517/25392662.26010